

# **DAR UN PESCADO (1), ENSEÑAR A PESCAR (2), REVISAR LAS LEYES DE PESCA (3)**

Javier L. Sanz López

Ambiciosa frase la que propongo y que me gustaría compartir para la reflexión mutua, aprovechando el conocido proverbio chino de **“regala un pescado a un hombre y le darás alimento para un día, enséñale a pescar y lo alimentará para el resto de su vida”**.

La tesis sería que las personas/instituciones que están integrando en una misma vida personal y colectiva el título del artículo (1,2,3) son las mejores respuestas que el mundo necesita. Voy a pensar en alto con todos vosotros sobre estos tres tiempos de la caridad con la intención de llegar “a buen puerto” como sugiere el texto.

Estaremos todos de acuerdo que **“DAR UN PESCADO”(1)** al necesitado entronca en la misma raíz de la civilización frente a la barbarie y que agnósticos y creyentes pueden encontrar sin mucha dificultad una orientación moral de primer orden en esta actitud primaria. Con honestidad no es difícil entender que lo correcto es *“ayudar a la viuda, al huérfano o acoger al que viene de lejos”*. Subrayo esto último por una cuestión de rabiosa actualidad, nada más.

Mi olfato me hace intuir cómo otras culturas monoteístas están en la misma línea amén de las tradiciones orientales que sencillamente pueden participar de este principio de ayuda como extensión de la bondad personal y de un mundo mejor para todos. Una mirada limpia ante el dolor ajeno permite acompañar y salir de uno mismo de forma empática que dirían los psicólogos. Hay que poner algo de nosotros en juego y pasar de los pensamientos a los hechos, a los gestos de vida. *“Yo soy un hombre que se debe a los demás, como nos debemos todos”* nos recuerda el ya fallecido **José Luis Sampedro**. La opción sobre hacer lo correcto pesa sobre cada uno de nosotros. *“En el mundo real, cada encuentro constituye una bifurcación posible.”* (**Boris Cyrulnik**). O **Antoine de Saint-Exupéry** con gran belleza espiritual: *“Dar es arrojar un puente sobre el abismo de tu soledad”*.

Hasta aquí todo bien. Lo de **“ENSEÑAR A PESCAR” (2)** es una fase que requiere hacer una lectura histórica de la realidad más precisa que incorpora la bondad de forma institucional. Muchos han asumido este discurso. Todo apunta a que no habrá vuelta atrás en el planteamiento aunque el paternalismo mal entendido tardará en erradicarse y la crisis ha hecho tambalear diversos cimientos que creíamos consolidados. Todos necesitamos comer pero la proliferación de **Bancos de Alimentos** no debe ser la salida natural a lo que nos está pasando. Estamos hablando de promoción frente a asistencialismo y de ir algo más a las causas de los problemas. Aquí ya no valen el sumatorio de bondades personales para conseguir el fin de la solidaridad. Es un paso de conciencia del donante muy interesante que quiere no sólo que no haya pobres sino que se pregunta por la pobreza. ¿Ejemplos? No tener hogar significa mucho más que estar sin techo, la limosna no es solución en términos de mendicidad, etc.

Quienes unen las fases **1** y **2** ya tienen un mérito nada desdeñable porque han sido capaces de mirar el rostro del otro y además un deseo explícito de interpretar la injusticia con mayor profundidad. Desde el compromiso por las causas sociales invitan a la integración y la igualdad de oportunidades. Querer bien al otro no sólo es dar un pan sino enseñar a ser panadero y por lo tanto ganarte la vida, luchar contra la exclusión social, y, y... No hay objeción. Algunas Organizaciones no gubernamentales, algunos proyectos en el tercer mundo, campañas de sensibilización vinculadas al tercer sector serían en este caso un referente de este planteamiento.

Nuestro problema viene ahora, en el salto sin red que supone el nº **3: “REVISAR LAS LEYES DE PESCA”**. Porque ahí sí que echo en falta más agentes sociales. Considero que es un signo de los tiempos y una expresión necesaria para planteamientos solidarios que miran más hacia el siglo XXI que el

XIX. Cada momento histórico tiene sus urgencias y potencialidades y por aquí deben andar las nuestras. Sólo aquellos que también “*revisen las leyes de pesca*” serán los profetas que los pobres necesitan. El mundo precisa de esta óptica. Vamos con el ejemplo:

¿Qué pasa si nos envenenan el río? ¿O si alguien compra el cauce, que era de todos, y nos prohíbe pescar? ¿En qué términos se realizará la comercialización del pescado? ¿En nombre de quien se tiran los excedentes? ¿Cómo garantizar que esas aguas no se contaminen? ¿De quién son en última instancia los peces y quienes se los comen? ¿Disponen los miembros de esa comunidad costera de la caña (tecnología) adecuada? ¿Quién vela por la protección de ese medio ambiente? ¿Qué pasa si las leyes y tratados internacionales de pesca son injustos? ¿Existen lobbies marítimos contrarios a la voluntad popular y al servicio de unos pocos? ¿Se va a pagar un precio razonable o dejamos nuestro producto en manos del mercado o de la Bolsa de Chicago? ¿Quién controla los cebos y las subvenciones? ¿Y las condiciones laborales de los pescadores?... muchas preguntas más que quedan en el aire...

Huyamos de dos tentaciones paralizantes. Aquella que apunta que hasta que no cambie el ser humano no se debe incidir en el cambio de estructuras (piénsese en corrientes *new age*, espiritualidades desencarnadas, o bondades familiares que acaban en el felpudo de puerta de la propia vivienda hipotecada) y aquella que opina que sólo dando “la vuelta a la tortilla” entre opresores y oprimidos tendremos la solución al conflicto de la raza humana. Ni que decir tiene a estas alturas que el siglo XX tuvo iniciativas desoladoras en este aspecto con totalitarismos a izquierda y derecha.

Lo sé. No vemos bien por donde avanzar porque la cosa está poco clara. Toca construir con los mimbres que tengamos a nuestro lado y a nuestra disposición sin desertar. Podemos aceptar que no se va a poder estar en todos los frentes (**1, 2, 3**) con la misma intensidad pero habrá que hacer encaje de bolillos por revisarnos, construir futuro y poner los medios para responder a la agresión que sufre el planeta, la persona y la comunidad humana.

Por descontado que hay vocaciones concretas que se insertan en uno u otro lado y que invitan a pensar que su sitio vital debe ser específico. Pero lo revolucionario de la propuesta a la que invito a reflexionar es que nadie debe olvidar ninguno de

los **3** movimientos de los que hemos hablado en su propia vida y de la organización o movimiento social a la que pertenece.

De tal manera que quien quiera hacer la **revolución** pero niegue la visita a la vecina anciana que está sola en casa por pintar la pancarta “Contra el aislamiento social y por la igualdad” no nos vale. Pero de la misma manera quien le presta la sala a su semejante y da dinero a Cáritas pero sigue poniendo “*Sálvame Deluxe*” en la tele sin plantearse nada más, tampoco será fermento en la masa. Invito a imaginar hipótesis y combinaciones y a dialogarlas en grupo. ¡Cuánto aprenderíamos!

Cuando **Amancio Ortega** aporta un millón de euros para los pobres y no revisa las condiciones de esclavitud con que están hechas sus ropas es agua sobre mimbres. “*La limosna tiene de caridad lo que tenga de comunión*” (**G. Rovirosa**). Cuando la responsabilidad social corporativa de empresas del IBEX 35 son capaces de pequeños gestos pero tienen tragaderas de contaminar ecosistemas ecológicos únicos en América Latina o África sabemos de qué palo van.

Caeré en la tentación de meter a un economista en este tinglado antes de acabar el artículo para cargar un poco las pilas: “*La distancia que hay entre lo que podemos hacer y lo que de hecho estamos haciendo es tan enorme que se está convirtiendo en una oportunidad... nunca hemos tenido tan cerca acabar con la pobreza, basta con que nos pongamos a ello.*” **Jeffrey Sachs**.

Es cierto que el sistema neocapitalista actual consigue su objetivo de lanzar a unos pobres contra otros, a empleados contra parados, etc. pero también podemos afirmar que la solidaridad con dimensiones terráqueas nunca estuvo tan cerca aunque estemos en los albores y quede mucho por hacer. Somos ante todo ciudadanos del mundo. Vivimos en un universo institucional, y como decía **Abbé Pierre**: “*estamos condenados a tener en cuenta la totalidad de este planeta que, de pronto, se nos ha hecho pequeño*”. No hay razones para no hacer nada. No podemos en conciencia mirar para otro lado con los retos y desafíos que se nos plantean. Este es el drama y la esperanza a la vez. A partes iguales.